

**NATALIA
FERNANDEZ**

**LA
CHICA
DEL
METRO**

THRILLER EROTICO

**La
Chica
del**

Metro

Natalia Fernández

La Chica del Metro

© 2017 Natalia Fernández

Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el previo aviso y por escrito del autor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del código penal).

1

— ¿Y asegura que tuvo relaciones sexuales con ese tipo durante varios encuentros y nunca le vio la cara?

Yo asentí con la cabeza y mis mejillas volvieron a inundarse de lágrimas.

— ¡Es que nos ha tomado por estúpidos! —exclamo el oficial levantándose de la silla como un resorte.

—Les aseguro que es la verdad —conteste desesperada—. Formaba parte de nuestras fantasías sexuales.

El inspector negaba con la cabeza una y otra vez, no creía ni lo más mínimo de lo que le estaba contando.

— ¿Conocerá su nombre al menos?

—Nunca lo menciono —respondí a sabiendas de lo ridículas que sonaban mis palabras.

—Creo que todavía no es consciente de la situación en la que se encuentra —añadió el oficial—. Cuando esto salga a la luz será primera plana en todos los periódicos. Y

la opinión pública no tendrá piedad de usted.

—No se da cuenta de que es la única sospechosa del asesinato —repuso el inspector levantando los brazos.

—Les aseguro que no fui yo. Tienen que creerme —me derrumbe y caí de bruces sobre la mesa desconsolada. Sabía que no tenía defensa alguna.

—Sus huellas están por todo el cuerpo.

—Pero tiene que haber restos del tipo que me acompañaba —argumente intentando defenderme—. Practicaron sexo varias veces.

—Hay indicios de penetración. Pero no existen restos de semen.

Yo la mire atónita, sin entender nada.

Luego recordé que aquel tipo nunca había eyaculado cuando estaba conmigo, quizás no pudiera hacerlo.

El inspector abandono la sala y me quede a solas con el oficial.

—El Comisario piensa que encubre a su cómplice.

Yo negué con la cabeza.

—Fue el se lo aseguro —asegure desesperada—. Tiene que creerme —repetí.

—He visto de todo en esta comisaria —afirmo con un gesto despectivo—. Pero su cinismo raya en lo grotesco. Es una celosa compulsiva que la asesino cuando descubrió que la prefería a ella.

—No —respondí desconcertada.

—Diga la verdad y ahorraremos muchas horas de trabajo.

—Está bien —admití a regañadientes—. Le contare toda la historia desde el principio.

2

Desde hacía varios meses había mantenido diferentes aventuras en páginas de contacto, pero aquello lejos de representar una novedad no me satisfacía plenamente.

En algunas ocasiones incluso tuve que salir corriendo cuando descubrí los hombres con los que me citaba. Te calientan mucho con los mensajes pero cuando los ves en persona, algunos son unos auténticos adefesios que te acababan bajando la lívido de golpe.

Mi marido llevaba meses sin satisfacerme sexualmente. Al principio de la relación tuvimos mucha química, pero transcurridos un par de años la pasión nos abandono y acabe teniendo fantasías sexuales con estrellas que aparecían en televisión y con todo tío macizo con el que me cruzaba por la calle.

En más de una ocasión pasaba por algún gimnasio para alegrarme la vista; incluso estuve matriculada un par de meses para tener alguna tórrida aventura.

Pero allí todos son unos narcisistas ególatras que prefieren mirarse al espejo antes que las mujeres que tienen enfrente. Yo lo que quería era un hombre de verdad ¡Joder!

y no tanto niñato engreído compitiendo para ver quién la tiene más grande.

Trabajo en unas anticuadas oficinas informáticas situadas en Brooklyn, es un empleo incluso más aburrido que mi marido. Tengo un jefe al que es mejor no mirar a la cara que me controla constantemente.

Una tarde estuve recorriendo varias tiendas en un centro comercial, no buscaba nada de particular, tan solo me apetecía dar un paseo y alejarme de mi marido. Entre en una tienda de lencería francesa que habían abierto recientemente y estuve contemplando unos corpiños de encaje y unos bodies de seda que eran una maravilla.

Cuando tenía entre mis manos unos panties de licra sentí una fría mano en el hombro y me lleve un susto de muerte.

— ¿Diane? —pregunto una dulce voz a mis espaldas—. Eres tu ¿verdad?

Detrás de mi estaba Richard mi primer amor del instituto, llevaba sin verle más de diez años.

— ¿Que tal estas? —respondí con una gran sonrisa besando su mejilla.

—Genial. Conseguí acabar la carrera de derecho y abrí un bufete cerca de aquí.

—Me alegro por ti —asegure.

— ¿Tienes tiempo para tomar un café?

Mire la hora intentado hacerme la interesante; no tenía ningún plan y comenzaba a aburrirme de visitar tantas tiendas.

—Me da tiempo a uno.

Fuimos hasta la cafetería más cercana y me conto su vida desde que dejamos de vernos.

—Me he casado y tengo dos hijos.

—Que suerte. Nosotros no tenemos ninguno —le aclare.

Me fije que apenas habían pasado los años por él, mantenía el mismo atractivo de siempre. Mientras hablábamos vinieron a mi mente numerosos recuerdos, me había enseñado a besar y lo hacía como nadie. Luego recordé lo bien que lo pasábamos juntos y como me excitaba los fines de semana cuando introducía su mano por debajo de mi jersey en el pub que solíamos frecuentar.

—Mis padres murieron —aclaro cuando llevábamos un rato charlando.

Entonces puse mi mano sobre la suya intentando consolarlo.

Cuando iba apartarla la agarro y me lanzo una mirada lasciva que me hizo estremecer.

Cuando salimos de la cafetería, me acompaño hasta el coche que estaba en el garaje.

Cuando abría la puerta me beso con un ímpetu desmedido, y le devolví el beso con la misma pasión.

—Te deseo. Me muero de ganas de estar contigo.

—Yo también —respondí soltando un gemido.

Entramos en el coche y comenzó a acariciar mis pechos, el corazón me iba a mil. Si pensarlo dos veces metió su mano dentro del pantalón y comenzó a tocar la entrepierna mientras yo jadeaba sin parar, me estaba poniendo tan caliente como ya ni recordaba.

Un par de adolescentes pasaron junto al coche y soltaron una carcajada.

—Aquí no —dije apartándole de mí—. Vayamos a un hotel.

—De acuerdo —contesto incorporándose.

Visitamos un par de hoteles, pero era temporada alta y no había forma de encontrar habitación.

—Tendremos que dejarlo para otro día —repuse muy a mi pesar.

— ¡Ven! —exclamo cogiendo mi mano—. Conozco un sitio —bajamos del coche y atravesamos varias callejuelas cogidos de la mano hasta que llegamos a un parque.

No tuvimos que caminar demasiado, recorrimos un angosto sendero rodeado de orquídeas a ambos lados y bordeamos un soberbio lago donde nadaban majestuosos varias parejas de cisnes.

—Esta en el otro lado —comento señalando un puente por donde no pasaba nadie.

Yo dude por un instante, ¿es que pensaba llevarme adentro?

Entonces me abrazo con fuerza y me beso como solo el sabia hacerlo.

Bajamos por una ladera y entramos por un oscuro agujero cilíndrico desde donde se divisaba a un lado el lago y al otro un conjunto de arboles que tapaban la visión. El sitio era húmedo y no olía demasiado bien, pero no repare en ello.

Al fondo se escuchaba el cantar de los pájaros y las bicicletas que atravesaban el puente.

Me quito la chaqueta con tanta rudeza que estuvo a punto de rajarla, después desabrocho los botones mientras yo me quitaba el sujetador.

Cuando me despoje de la parte superior tirite de frío durante unos instantes hasta que el comenzó a recorrer mi cuerpo de arriba abajo con sus sedosa lengua, como si degustara el más rico de los manjares. Luego me desabrocho el pantalón, bajo mi tanga hasta las rodillas y me mordió en la entrepierna.

—Tranquilo Richard —susurre sonriendo, estaba tan impaciente que me había hecho daño.

Le puse las manos en la cabeza y comencé a arremolinar su cabello rizado. Luego subió hacia arriba y hundió su lengua en mi boca mientras me apretaba los senos con firmeza. Cuando más a gusto estaba me giro, separo mis muslos y comenzó a penetrarme. Mire hacia un lado y vi como un tipo que paseaba a su perro comenzó a mirarnos, estaba segura de que era imposible que nos viera con claridad a la distancia a la que se encontraba, pero aquello me produjo un morbo especial.

Aquel día comprendí que lo que me excitaba era tener sexo en lugares públicos.

—No pares —dije mientras me empujaba contra la pared de hormigón cada vez con más fuerza y apretaba mis nalgas.

Cuando estaba exhausto, me agache y me lleve su miembro a la boca, luego eyaculo y me excite aun más.

Se sentó en el húmedo suelo y comencé a masturbarle para que no perdiera la erección. Después me senté encima, y comencé a cabalgar mientras mis senos botaban de arriba abajo y el los estrujaba con fuerza.

—Si —repetía jadeando—. Eres lo mejor que me ha pasado —aseguro.

Aquel comentario dibujo una sonrisa en mi cara, hacía tiempo que nadie me dedicaba un halago.

Al finalizar nos vestimos, regresamos al coche y cuando se despedía me dio su WhatsApp antes de besarme de nuevo.

—Te llamare pronto.

Yo sonreí y arranque el coche.

3

El jueves por la noche mientras me aburría tumbada en el sofá viendo una horrible película, Richard comenzó a enviarme mensajes de WhatsApp.

La conversación empezó preguntando que tal había pasado el día, luego dijo que me añoraba, y una cosa llevo a la otra hasta que comenzó a subir el tono.

—Te deseo. No hago otra cosa que pensar en ti.

—Y yo en ti —le respondí.

—Me vuelves loco.

—Me estremezco cada vez que estoy a tu lado.

Me envió un plátano y dos manzanas.

Yo solté una carcajada y mi marido que estaba concentrado en la película arrugo el entrecejo y pregunto:

— ¿Qué ocurre?

—Nada. A las chicas del trabajo que se les va la pinza. Siempre mandado chistes obscenos.

El gruñio y volvió la cabeza hacia la pantalla.

—Hola

—Hola

—Hola

En tan solo un momento que había dejado de hablarle me había enviado varios: Hola.

— ¿Te llamo? — pregunto.

—Estoy con mi marido.

—El no está invitado —respondió.

Volví a soltar una carcajada y mi marido se giro con cara de pocos amigos.

—Tengo que acabar unos documentos —le dije y me levante.

El asintió con la cabeza.

Entre en el baño y por un momento pensé en llamarle, pero continuamos la conversación por WhatsApp, me calentó tanto que comencé a acariciarme; con una mano sostenía el teléfono y con la otra me masturbaba, de repente comencé a jadear y tuve que abrir el grifo del agua para que nadie me oyese.

Cuando menos lo esperaba se abrió la puerta y mi marido me pilló infraganti, di un salto y se me cayó el teléfono al suelo.

Puso cara de estupor, pero en lugar de decir nada, se abalanzo hacia mí y comenzó a tocarme, llevaba sin hacerlo más de un mes, no sé qué mosca le había picado, quizás le excito ver cómo me lo montaba sola.

Me llevo hasta la cama y se tumbo encima, estaba tan ansioso que enseguida me penetro. ¿es que ya no recordaba cuanto me gustaban los preliminares?

Al principio conseguí excitarme, estaba tan caliente con la conversación del WhatsApp que me deje llevar, pero un par de minutos más tarde todo había terminado, se levanto y se fue al baño. Era la misma historia de siempre; aquello no tenía arreglo.

Cuando me levante por la mañana vi un WhatsApp de Richard en el que decía que me esperaba aquella tarde en el centro comercial.

En cuanto llegue me abrió la puerta de su coche y sonrió.

— ¿Has pensando en mi esta noche? —dijo tras darme un beso de tornillo.

—Claro —le asegure.

— ¿Confías en mi? —pregunto cuándo arranco el coche.

Yo asentí con la cabeza, sin saber adónde quería llegar.

— ¿Que pretendes? —comente al llegar a un semáforo, no soportaba aquella incertidumbre.

—Es un secreto.

—Dímelo —susurre con voz melosa.

—Entonces ya no lo sería.

Solté una carcajada.

El lugar donde íbamos no quedaba demasiado lejos de allí, atravesamos un par de avenidas y en veinte minutos nos presentamos en sus puertas.

En su fachada podía leerse un rotulo que decía: Dreams Paradise.

Su exterior presentaba un estilo vanguardista al más puro estilo de Gehry con cubículos entrelazados en una enorme torre inclinada que recordaba a la de Pisa.

— ¿De qué va esto? —pregunte boquiabierta frente a sus puertas.

—Es una empresa que organiza todo tipo de fantasías sexuales.

—Interesante —respondí con una sonrisa de complicidad.

Richard pasó una tarjeta por un lector que había a la izquierda de la puerta principal y tras comprobarlo se abrió uno de los rombos de cristal de la fachada y entramos.

Su interior era de un blanco immaculado, no había ningún artículo en su decoración y tan solo al fondo se divisaba un pequeño mostrador donde apareció un chico joven con el pelo muy corto que te miraba de arriba abajo con aires de suficiencia. Nos guio por un pasillo hasta una pequeña sala de proyección. Al entrar vimos varios asientos reclinables de cuero negro donde nos indico que nos sentáramos; acto seguido abandono la sala, y comenzó la emisión de un video informativo.

En el pudimos ver diferentes aventuras de fantasías sexuales y Richard me propuso comprar uno llamado: Un día de pasión, que incluía un fin de semana en un destino por decidir. El fin de semana era difícil que pudiéramos llevarlo a cabo, ya que tendría que coincidir algún día en el que ambos nos librásemos de nuestras parejas; pero para el día de pasión si teníamos tiempo suficiente.

— ¿Podríamos realizarlo hoy? —pregunto Richard al dependiente.